

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL ARZOBISPADO

DE TOLEDO.

PARTE NO OFICIAL.

CONTINUACION DE LAS CONFERENCIAS INSERTAS
EN LOS NÚMEROS ANTERIORES.

Lo que constituye el verdadero poder del hombre, no es la fuerza de su cuerpo, es la fuerza de su alma. Bajo este aspecto, las sociedades son como los hombres. Lo que forma su verdadero poder, su seguridad, su conservacion, lo que las hace capaces de grandes conquistas y de las mayores resistencias, no es el desenvolvimiento de la fuerza material, es el desarrollo de la fuerza moral; es la virilidad de las almas y la energía de las voluntades unidas para la defensa del orden, de la justicia y de la sociedad.

Cuando en todos los puntos de un gran imperio se encuentran millones de hombres, prontos á levantarse á la primera señal para una defensa legítima ó para una conquista generosa, y á esclamar en esta armonía voluntaria y en ese entusiasmo espontáneo. «*Hé nos aquí, hé nos aquí prontos á morir por la justicia, por el orden, por el deber, por la felicidad de nuestros hermanos y por la salvacion de la patria*» entonces la sociedad es en realidad fuerte, y con el escudo de su propia fuerza se precave de toda lesion, lo mismo en las crisis peligrosas que en

invasiones extranjeras y en guerras civiles.

Pero si mientras que la sociedad muestra en la superficie esplendores que no la defienden, no lleva en el fondo la única fuerza que defiende; si mientras se presenta en el exterior con la actitud de un gigante, guarda en su interior la debilidad de un niño, entonces temed por esa sociedad. Por mas espléndida que os parezca basta para que se conmueva y destruya, uno de esos sacudimientos que el tiempo puede producir á cada uno de sus pasos.

¿Y qué creéis que hace en la sociedad la exageracion del desenvolvimiento material? Debilita la energía de las voluntades, la única que hace fuerte á los pueblos; sobrecita mas allá de toda medida la afición al lujo y al bienestar físico, enerva con la fuerza moral el resorte vivo de las sociedades humanas, en una palabra, *debilita* el alma de la sociedad con todos los aumentos inmoderados que crea en su cuerpo.

Entonces se realiza lo que antes hemos dicho, se rompe el equilibrio; y como la salud huye de un hombre, así también huye de la sociedad la fuerza que forma los pueblos. Cargada con una prosperidad material que la compromete mas que la defiende, mal sostenida por apoyos que vacilan y parece se agovian con su peso, la sociedad amenaza también caer agoviada por es mismo peso, porque el exceso del desarrollo material en la socie-